



— ¡Que viva, que viva el Emperador!

¡Señores, viva el Emperador!

LOS OFICIALES DEL CORTEJO

(Cuadrándose y llenos de entusiasmo:)

¡Que viva, que viva el Emperador!

ESCENA SEGUNDA

Los mismos y el general don Santiago Vidaurri.

El camino de Calpulalpan; unos cuantos guerrilleros interrumpen el paso de la tropa. Suenan descargas de fusilería; los republicanos, en sus caballitos ligeros y de corta alzada, pasan sin cesar frente al grupo que forman los del Estado Mayor de Maximiliano.

Márquez examina el terreno, y devolviendo al Emperador el ante-ojo que le ha prestado, le dice recapitulando cosas pasadas:

MÁRQUEZ

Sí, este es el lugar en que González Ortega deshizo á nuestro joven Macabeo. Observe Vuestra Majestad cuán fácil habría sido para un mediano general destruir á las chusmas liberalescas... Aquí, á la derecha, media batería; cerrando esa garganta, dos batallones; á la vuelta de aquella colina, la caballería, y la reserva detrás de aquella eminencia que se descubre á la izquierda.

MAXIMILIANO

(Meditabundo y soñador.)

¡Qué triste país!...

TOMO IV.—94

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
10do. 1625 MONTERREY, MEXICO

MÁRQUEZ

En minutos estuvo decidida la batalla. Pim, pam, pum; unos cuantos tiros, una carga de caballería y el desbandamiento, el desorden, la derrota, en una palabra.

MAXIMILIANO

¿No se os figuran éstos, general Márquez, los estériles campos de Judea?

MÁRQUEZ

Salvó la vida por una verdadera casualidad, y si los liberales hubieran sabido aprovecharse de la victoria, se le habrían quitado de en medio para de una vez.

MAXIMILIANO

¿No se os figura este panorama el panorama horrible de Bethleem? En aquella altura paréceme ver la elegante casa de mi amigo, el renegado Yussuf: mosaicos, fuentes llenas de frescura, moras guapas y hospitalidad como ninguna.

(Empiezan á caer balas que dan cerca del Emperador y su comitiva; una de ellas hiere levemente en la boca al cocinero del Monarca.)

VIDAURRI

Sírvase retirarse Vuestra Majestad.

MÁRQUEZ

No se exponga inútilmente Vuestra Majestad.

(Varias voces de Ayudantes y Jefes que rodean á Maximiliano:)

Vuestra Majestad no debe exponerse inútilmente...
¡Qué gran valor del Emperador!

MAXIMILIANO

Ni puedo ni debo cuidar de mí en el primer lance; creedme, mucho más conveniente es que yo me exponga.



(Se oyen descargas de fusilería, y el Emperador, enardecido, pica espuelas á su caballo y se lanza á encabezar un grupo que ataca á los liberales. Huyen en rápida carrera por una cuesta cercana infantes y jinetes en confusión. Maximiliano, enamorado del color y de la luz del cuadro y lleno de brío por los vivas que le dirigen sus soldados, sigue bajando la peligrosa cuesta en medio de una lluvia de balas de fusil y de las que lanza un cañoncito colocado en la eminencia. Tras unos minutos de persecución, vuelve al lado de los suyos y oye por dondequiera los gritos de aliento: «¡Viva el Emperador! ¡Viva Maximiliano I!»)

MÁRQUEZ

(Cortesano y como haciéndose violencia.)

Vuestra Majestad ha dado muestras de un grandísimo valor.

MAXIMILIANO

(Satisfecho y aceptando gustoso los parabienes.)

¡Eh, eh! ¿Qué os parece? ¿verdad que no lo he hecho tan mal en mi primer batalla? Un marino sirve para todo... Vergonzosamente hemos hecho huir á esa chusma...

(Cambiando de repente y sujeto de nuevo á su extraña obsesión.)

Mirad aquella cigüeña, general Márquez; parada en un pie semeja una figura hierática del Oriente antiguo... Parece un grave doctor borlado discurrendo sobre las sutilezas de la razón pura y la razón práctica. Hace años, en unas llanuras cerca de Alepo, ví una gran parvada de estas aves... ¿Serán las mismas?... ¡Oh, las migraciones de los pájaros! Ellos deben de haber sugerido al hombre primitivo sus mutaciones de lugar, sus cambios de asiento; quizás siguió sus rumbos, los rumbos de estos viajeros tan doctos como graves, tan nuevos como decrepitos...

MÁRQUEZ

Sírvase Vuestra Majestad ver el plano de Querétaro...

ESCENA TERCERA

Ladera llamada La Cuesta China en las cercanías de Querétaro. Al acompañamiento ordinario de Maximiliano se han añadido muchos militares, personajes distinguidos de la ciudad, jinetes en briosos caballos, algunos curas y canónigos y una gran muchedumbre de pueblo. Se adelantan los generales Miramón y Escobar; éste, con traje de paisano, monta un gran caballo retinto cabos blancos; aquél, lleno de bordados, cruces, medallas y condecoraciones de todas clases, hace caracolear un potro negro de pura sangre. Se escuchan á lo lejos repiques y cañonazos; la multitud grita entusiastas vivas al Emperador, y Maximiliano se descubre satisfecho. De pronto se para y contempla lleno de admiración el panorama de torres, campanarios, cúpulas, cimborrios y espadañas luciendo al conjuro del sol y rodeado de un apretado cinturón de verdura; el río, que corre como una serpiente de plata, acaba en un remanso que parece una pupila vigilante. La arquería y el acueducto rompen con su línea blanca la inmensa sábana glauca; sube al cielo el humo de las fábricas; á medida que se avanza se mira abrirse las calles blancas, solitarias y limitadas también por huertas y arboledas.

MIRAMÓN

¡Qué gozo ver á Vuestra Majestad en medio de sus fieles vasallos! Ahora sí saldremos á batir á la canalla, y contando con el permiso de Dios y el nombre de nuestro Emperador, haremos pedazos á cuantos por aquí lleguen... Yo sé, señor, de más de cuatro lugares propicios, para atraer á esta gentuza ignorante y sin principios. Ya veréis, Sire, lo que á campo raso pueden vuestras tropas y lo que pueden las mal organizadas chusmas del contrario; las batiremos, y lograréis, al mismo tiempo que fundar

firmemente el asiento de vuestro imperio, poner el pedestal de vuestra gloria...

MÁRQUEZ

(Receloso y riendo de las que reputa exageraciones de Miguel.)

Espere usted, señor general; espere y no tenga prisa, que Su Majestad sabe bien lo que ha de hacer. Quizás se le ocurra dar la batalla que usted le propone; quizás piense sea mejor encerrarse en la plaza y sostener un sitio en regla. A nosotros, simples subordinados, no nos toca sugerir ni apoyar nada que pueda ser contra el dictamen del soberano.

MIRAMÓN

(Contemplando primero con enojo y luego con desdén á su colega.)

¡Bah, señor general!; en verdad que tiene usted donosos escrúpulos, pues si algo toca á los vasallos leales, es manifestar su parecer para que el soberano le acoja ó le rechace. Diga más bien que es usted quien abriga esa idea de sustentar un sitio y no quiera impedir á los demás que digan su opinión leal y franca.

(Se prepara Márquez á responder á las palabras de Miramón, cuando Maximiliano les interrumpe.)

MAXIMILIANO

¡Qué admirable idea la de fundar esta ciudad en sitio tan abrigado, en las últimas estribaciones de la Sierra

Madre, en un paralelogramo tan regular y tan hermoso! ¿Qué son aquellas colinas que dejan ver una gran barranca cubierta de verdura?

MIRAMÓN

Sire, es la Cañada.

MAXIMILIANO

¿Y aquella altura?

ESCOBAR

Es el Cimatario, que se llama así porque...

MAXIMILIANO

¿Y esa garganta que parece dar entrada á inmensos y fértiles valles?

ESCOBAR

En efecto, señor, abre paso á los ricos valles que llevan de México á Celaya y al interior del país.

MAXIMILIANO

¿Y aquella colina pelada y escueta que muestra apenas unas cuantas nopaleras?

ESCOBAR

Sire, es San Gregorio.

MIRAMÓN

(Interviniendo.)

Vuestra Majestad habla sin duda de aquella, la de la izquierda, la que domina el caserío. Es el Cerro de las Campanas.

(Llegan á la Catedral, iglesia pobre, destartalada y fea; Maximiliano escucha de mala gana un Te Deum, y se encamina á la casa que le dicen es su alojamiento. Miramón le dirige un discurso enfático y lleno de figuras. Promete reconquistar el país y ejecutar sus viejas hazañas. Escobar dice otra alocución que termina así: «La posteridad dará con justicia á Vuestra Majestad el título de Maximiliano el Grande.»

EL EMPERADOR, conmovido, hilvana una arenga que apenas se oye y concluye dando un viva á la independencia.

El concurso de militares, sacerdotes y capitalistas exclaman á su vez: «¡Viva el Emperador! ¡Viva la independencia!»)

ESCENA CUARTA

Sala del Casino Español, residencia de Maximiliano. Muebles arcaicos, procedentes de viejas casas solariegas. Maximiliano, luego de hacer sus abluciones, se presenta en el salón, donde le espera Márquez. Entran después Miramón, Mejía, Castillo y los demás generales, y el coronel Arellano.

MAXIMILIANO

Al fin nos encontramos lejos de México, lejos de los franceses, lejos de todos los cuidados de la capital, lejos

de tantas mortificaciones y de tantas cosas fastidiosas como nos cercaron en estos últimos y aciagos tiempos... Y á propósito, general Márquez, ¿sabéis si vendrían en el equipaje la reproducción del Colone, la del calendario azteca, los tres tomos de la flora brasilera, la obra de De Candolle acerca de las criptógamas, mis anteojos de mar, el número bastante de condecoraciones de Guadalupe, del Aguila Mexicana y del Mérito Militar, el reglamento para los servicios de corte, los...

MÁRQUEZ

(Con enfado y rehusando tratar de esas cosas, que á cuenta se le figuran sutilezas.)

Hoy ha sido, sin duda, un gran día para el Emperador y para todos los que aman á nuestra patria, y esto con tanta más razón, cuanto que á Su Majestad se le había presentado el porvenir como de lo más sombrío...

MAXIMILIANO

¡Oh, sí, un gran día, general Márquez!...

MÁRQUEZ

No puede Vuestra Majestad figurarse las ventajas que hemos obtenido con esta expedición suya. Su Majestad ha podido ver personalmente que no hay palabra de verdad en cuanto se le ha dicho sobre la situación del país. Lo